

El abismo que me habita

Encumbrada en una montaña rocosa, la diosa se afanaba por mirar en las profundidades del abismo cuya negritud daba escalofríos con solo imaginarla. Apartaba una nube, apartaba otra y se asomaba cual niña curiosa por un balcón, pero no lograba ver nada.

La nada. Extraña palabra para designar al vacío, cuyo significado parece neutro, pero cuyas garras se clavaban en el alma de aquella diosa. La nada...

Vivía en un palacio. Los pajarillos cantaban acompañando el silbido del viento que, al llegar a la melena de la diosa, se paraba dulcemente a atusar su precioso cabello dorado. Todo era tranquilidad y paz, risas y arcoíris, pero ella sentía cómo la nada se abría paso en su interior.

A diario, tomaba una pócima mágica que, según le decían, era el mejunje de la felicidad y tenía unos efectos tan fantásticos, que la diosa iba flotando a través de un mundo de colores. Todo era maravilloso o eso parecía.

Uno de esos días en los que daba rienda suelta a su afán de curiosidad, vio como algo brillaba en el fondo de aquel abismo. Le resultó tan extraño que se aupó, con tan mala suerte que cayó al vacío. A la nada. Sentía cómo una opresión interna y casi no podía respirar mientras caía muy rápidamente por el precipicio y, de repente, las paredes se fueron tiñendo de azabache. Todo era oscuridad, así que cerró los ojos mientras se escurría por el abismo, apretando fuertemente los brazos contra su pecho y encogiendo sus rodillas en posición fetal.

Cuando creía que no podía más, algo la agarró. Se sintió abrazada, aunque no se veía en esa fosa tan profunda. Empezó a temblar y tartamudeando pudo preguntar si había alguien allí con ella. Nadie contestó. La habían dejado en el suelo tumbada porque sentía cómo el frío de la roca le cortaba la piel. La diosa empezó a llorar, liberando la angustia que se había apoderado de ella instantes antes mientras caía.

Lloraba por el mundo de colores que había dejado, por vivir entre las nubes sin ningún tipo de preocupación. Lloraba porque estaba perdida y sola, porque se sentía vacía y porque quizás su vida careciera de cualquier tipo de sentido más allá del de respirar. Lloraba porque no le iba a ser posible tomar más la pócima mágica que hacía que el mundo fantástico fuera real y que la transportaba a una vida sin preocupaciones. Lloraba por todo y por nada.

La diosa escuchó un susurro y abrió los ojos. Alguien se acercaba donde yacía con algo parecido a una antorcha en llamas. Aunque borroso, pudo percibir el rostro de una mujer que se agachaba a su lado.

- ¿Cómo estás? – le dijo la desconocida.

- Bien, un poco dolorida –farfulló la diosa.

- No tengas miedo, yo te ayudaré –apostilló la primera.

La diosa, aunque confusa, sentía que podía confiar en aquella mujer desgreñada. La mujer dejó la antorcha en un soporte que sobresalía de aquella pared rocosa y se sentó al lado de la diosa.

- Soy una diablesa, pero no tengas miedo de mí, no te haré daño.

La diosa dio un respingo hacia atrás y se quedó mirando su rostro. Tenía la tez cansada y en sus ojos había una expresión cálida y triste. Su pelo era rojo y los rizos campaban a sus anchas por su cabeza de manera loca y desordenada.

- A veces tememos a nuestros fantasmas internos más que a las personas que nos hacen daño. –continuó la diablesa –Si te paras a pensar, ese mundo que tienes construido está ajeno a la realidad y ves la vida a través de un mejunje que te hace sentir bien. Pero la vida, nuestra vida, está llena de altibajos y de momentos en los que caemos. Y es en esos momentos de dolor en los que nos tenemos que plantear que una vez que hemos caído, sólo nos queda levantarnos y volver a subir.

- Yo... -la diosa tartamudeaba de puro nerviosismo –sabía que el mundo en el que moraba no era real, sentía que era una construcción y una anestesia de mí misma y no quería seguir viviendo en él, quizás por eso me he dejado caer hacia el abismo.

- El abismo interior, querida, no es tal. Esos fantasmas y monstruos que nos solemos crear, son fruto de nuestros miedos e inseguridades, pero igual que estos, se vencen finalmente. Tú eres capaz de continuar y de sonreír sin ningún “mejunje mágico” que te anestesia. La fuerza está en ti y te diré que, de las rocas de los lugares sombríos, pueden brotar auténticos tesoros de fortaleza personal. Sólo vive. Sé tú, haz lo que quieras hacer y disfruta de ti misma, de tu vida, de tus percepciones, sensaciones y sentimientos sin necesidad de nada externo que te dé la felicidad porque esa felicidad está en ti, sólo que a veces la buscamos en sitios no correctos o en personas externas a nosotras mismas. Eres tú y sólo tú quien puede hacerte feliz.

La diosa comenzó a llorar y abrazó a la diablesa. Ambas se fundieron en una. Ni diosa, ni diablesa, ni blanco, ni negro, ni alegría, ni tristeza. Simplemente mujer. Simplemente ella, desnuda consigo misma y amándose, abrazándose y mimándose. Tras momentos tan duros como los que nos está tocando vivir, de nada sirven las pastillas milagrosas o “mejunjes mágicos”, nosotras, las mujeres, tenemos potencia, amor y entereza para poder salir fortalecidas de la situación de pandemia por la que

pasamos, porque nosotras lo valemos, porque no necesitamos que nos sobremediquen, porque de peores situaciones personales, familiares y sociales hemos salido.

Mujer con mil trajes (mamá, profesional, ama de casa, amiga, amante...) con la capacidad y la fuerza que tienes de ponerte cada uno de esos trajes, dime: ¿te fundirás en un abrazo contigo misma y serás capaz de transmitirme la fuerza para continuar después de esta pandemia?